

PREMONICIÓN

Es así, en un día soleado y vivo como éste, en el que uno debería morir, Dijo jairo, mientras tanto, el viejo acomodó su silla, se sentó, sacó un tabaco de la chaqueta, lo encendió y después de chuparlo con vehemencia, le preguntó: ¿Por qué dices eso, muchacho? Es lo que a uno le conviene viejo, una asistencia en el momento menos esperado, ojalá, cuando estemos más contentos. Medardo lo escuchó relajado en su asiento, en medio del humo expedido por el tabaco y con sus ojos cerrados; como el joven no pronunció más palabras, empezó el relato de la lista negra y de los acontecimientos aciagos que habían tenido lugar en el sitio en el que ahora Jairo hablaba de morir sin darse cuenta. Así narró uno a uno estos sucesos. La piedra está ahí desde el día en que se cayó de una volqueta que por aquí pasaba, justo cuando caía pasaba un hombre en bicicleta muy cerca al camión, y, sépase, que el tipo ni siquiera se dio cuenta de la suerte que le había tocado: cayó al suelo con el cráneo destruido, la piedra rodó y donde está, ha estado desde esa vez. Al día siguiente, como la piedra quedó obstruyendo el camino de todos, un señor invidente que acostumbraba pasar por aquí, no tuvo la precaución de tantear el camino con su bastón, se enredó con la piedra, cayó de bruces y se fracturó los dos brazos; días después, un hombre subía corriendo la calle, llegó hasta la piedra, preso de la agitación y mirando que, talvez, ya nadie le seguía, se sentó en ella; no respiraba, resollaba, bueno, de un momento a otro, un hombre lo alcanzó y, ante su mirada suplicante, le disparó tres veces en el rostro. Yo no sé si es el lugar o la piedra, pero es extraño. Imagino que si hubiera niños en el pueblo, le tendrían recelo a esta piedra, a fin de cuentas que ellos si tienen a su ángel custodio para que los proteja. Con los ojos cerrados, el viejo Medardo terminó de fumar su colilla y se dio cuenta que

Jairo ya no estaba, y no se enteraría que el joven se marchó cuando la narración a penas empezaba. Por cierto que nadie iba a conocer estas narraciones, a menos que empezara a narrar con los ojos abiertos.

Jairo caminaba por la calle empedrada hacía la quebrada que separaba al pueblo de las montañas que lo circundaban. Unas semanas atrás el agua se había extinguido por completo, pero ahora rebosaba las riberas. Para los pocos habitantes de la población era normal que la quebrada abundara o amenazara con morirse sin motivo alguno; el fenómeno formaba parte de los encantamientos que pululaban en la atmósfera de la que tomaban el oxígeno para sus vidas. Cuando los pies se confundieron con el agua y las piedras, Jairo sacudió la cabeza y miró a su alrededor... quedó desconcertado, el día estaba gris y viejo como siempre, no había sol resplandeciente ni naturalezas vivas, atrás, las paredes de las casas tenían las mismas úlceras ocasionadas por el paso del siglo sobre ellas, el blanco de la cal se confundía con el ocre de adoquines milenarios, el verde de las puertas tenía las fisuras que el comején en su afán por apropiarse de terrenos baldíos le ocasionaba con dedicación inexorable. Se dio cuenta de lo inexplicable de su ensoñación: ¿Cómo era posible aquel contraste? ¿A qué horas se había esfumado una realidad para convertirse en otra?. Al instante vino a su memoria el encuentro con Medardo. El viejo iba a hablarle de la lista negra, la que todos conocían de oídas pero que ninguno sabía de su contenido, y, él, Jairo Domínguez, fatalmente apático, lo mismo que sus paisanos, se había marchado para no escuchar las chocheras del viejo. La lista negra para Jairo no la conocemos porque el viejo Medardo, acaso, presintió su huida y prefirió narrar la historia de la piedra; pero otros individuos que prestaron solo un poco más de atención, alcanzaron a escuchar algo, por ejemplo: El hombre que llegó buscando sombra, se sentó en la piedra, saludó al viejo y le pidió

agua. Medardo dejó de fumar, entró a la casa y regresó con el agua; mientras el forastero sació la sed, el anfitrión alcanzó a narrar algunos acontecimientos... Ahí, en esa piedra donde usted está reposando y a la sombra de ese árbol, se han sentado personas que vienen de lugares remotos a hablar con la muerte para elegir el lugar y otros asuntos de la defunción. El hombre terminó de beber el agua y entregándole la vasija a Medardo exclamó: Ja, ja, ja... Usted está loco viejo, no trate infundirme miedo si no quiere que vuelva a pedirle agua, no volverá a ocurrir. Y sin preguntar siquiera el por qué del comentario, se marchó.

Sintiendo la frescura y el cambio de altura del agua en su cuerpo, Jairo recordó que se había marchado del lado de Medardo antes de escucharle el discurso. Inquieto, trataba de hacer memoria de algún hecho curioso que hubiera tenido lugar en el encuentro con el viejo pero no halló nada. Por un momento pensó en regresar a continuar la charla con él, pero recordó que la tarea que lo había hecho madrugar más de la cuenta tenía que ver con la necesidad de encontrar en la montaña algún leñador que le ayudara a elegir un árbol que sirviera de viga de contención. Caminó hacia la montaña.

Embebido, tarareó y silbó los versos de una vieja canción popular hasta cruzar la quebrada, de vuelta al pueblo con el tronco sobre sus hombros. Volvió sobre la calle empedrada, pasó frente a la casa del Viejo Medardo, la silla estaba vacía, no le dio importancia, siguió su marcha y, ya, frente a su casa, empujó la puerta con el extremo frontal del tronco; de inmediato se dejaron oír las quejas molestas de las decrepitas bisagras reclamando por el abandono al que estaban sometidas desde que la pequeña Lardy se marchó de la casa. Su partida había dejado huérfanos muchos enceres del ambiente. La casa olía a polvo sin airear, el techo estaba infestado de telarañas, algunas cucarachas se dejaron ver mientras escapaban, los grillos insistían en su serenata y una

cantidad considerable de tejas, barro y cañabrava amenazaban con aplastar todo lo que estuviera debajo. Jairo caminó con seguridad dentro de su covacha. La fosilización de la vivienda no lo perturbaba, sólo esperaba hallar un rincón para refugiarse sin importar los obstáculos que hubiera de sortear. Bajo el techo de la cocina, que ya se había empezado a caer, colocó la viga que trajo de la montaña de modo que aletargara un poco más la catástrofe anunciada.

Recogido, contemplando la iluminación bohemia del aposento, recordó a su padre, el viejo Camilo, a su muerte le había dejado la casa; recordó a Lardy y sintió pena por ella, cuantas miserias tuvo que pasar la pobre junto a él, recordó el día que se fue, llevando en su mano una pequeña maleta roja, después de un reclamo hecho en medio de asfixias y lágrimas que no consiguieron; ya no era más que una aproximación de mujer. Ahora él, solo, estaba ahí, como un cabo suelto, como un mendigo en el desierto, como un pájaro a sus anchas después de toda una vida en la jaula. La soledad había llegado desprevenidamente y no le había dado tiempo para pensar qué hacer, por lo menos con la covacha que se desmigajaba sobre su cuerpo. Ahí estaba tendido, cargado de inquietud, pensando, como siempre, en el día de su muerte, sólo que algo le advertía que no iba a resultar como lo anhelaba. Ahora presentía que la espera llegaba a su fin, sentía que ahora mismo estaba siendo espiado por ella que se aprestaba con todas sus fuerzas para lanzarse sobre él. Como le hacía falta su padre, él le habría dicho con cual contra se podía mantener al margen el espanto cadavérico. Ya no podía seguir ahí, acostado, sintiendo cómo, alguien que no se dejaba ver lo quería atacar; ahora anhelaba hablar con el viejo Medardo y pedirle ayuda o, al menos, escuchar el relato para saber en qué terminaría todo. Salió corriendo de la covacha y, sólo le hizo falta el poder de la naturaleza para revolcar el pueblo y hallar al viejo, no lo encontró. Medardo, Medardo...

¿Desapareció el maldito? ¿Desapareció?. Corría por las calles como poseído, sudoroso, ultrajado por la búsqueda, angustiado, casi convulso. Agredió lo que halló al paso, golpeó las puertas, pidió auxilio. Nadie respondió. ¿Qué pasa? ¿Se murieron o qué?.

Corrió nuevamente hasta su casa y... vio como los pequeños comejenes, en su corta ausencia, habían crecido hasta alcanzar el tamaño de vacas y se disputaban los despojos de lo que fue su hogar. Intentó golpearlos con piedras y espantarlos pero fue inútil, cada piedra que les lanzaba era una sabrosa albóndiga para aquellos seres jurásicos. ¡Medardo! ¡Medardo! ¡Ayuda! No había espacio para Jairo, las ventanas de las casas del pueblo que sobrevivían a la racha de los comejenes se mecían y dejaban ver dentro, enormes cantidades de calaveras. ¿Estoy muerto? Se preguntaba con horror ¿Fallecí esta mañana? ¿Dónde estoy? Sin rastros de tranquilidad seguía pidiendo ayuda. Solo un par de casas aguardaban el apetito voraz de los comejenes. Jairo quiso saber si estaba vivo. A pesar del espanto que le producían las esqueletos, se metió a una casa, buscó un fémur, lo astilló y lo clavó en su piel; de inmediato notó cómo de cada piquete manaba liquido vital amarillento, enfermo. Entonces quiso romperse la cabeza para escarbar sus sesos y así, poner fin a las sensaciones. Tomó impulso y estrelló su cráneo contra las paredes repetidas veces y no consiguió nada. En ese momento empezó a crujir el techo y penetraron dos tenazas inmensas. Las calaveras explotaron y despidieron como balas los surcos de dientes y muelas. Indefenso, corrió fuera del lugar. Por doquier, comejenes devastadores lo perseguían amenazantes. Volvió entonces a su pensamiento la confusión de la mañana... Estaba ante la piedra observando cómo el viejo Medardo, con su sillón al hombro, se marchaba. ¡Medardo! ¡Ayúdeme por favor! Sin darse vuelta el viejo le respondía: ¿Qué pasa muchacho, ahora no huye? ¡Medardo! ¿Qué debo hacer? Ya no hay nada que hacer. El día de los preparativos pasó y usted no

vino a hablar con la parca, ahora debe esperarla y aceptar sea cual sea el destino que usted mismo trazó. Después de la sentencia, el viejo se marchó dejando detrás una humareda densa. En ese instante hubo más resplandor, Jairo escuchó los sollozos del centenar de seres que marchaban muy cerca de sus espaldas, cerró los ojos y sintió que un remolino abismal se saciaba llevándolo a sus entrañas sin fin.

Braulio Gastón